

TRES POEMAS INEDITOS

EL SUEÑO

(18 de julio)

Volví a soñarlo anoche. Iban mis padres  
por una blanca plaza bombardeada,  
se refugiaban en sombrías torres  
en donde una mujer de piedra y mito  
lloraba lentamente sangre.  
Mi madre balbució mi nombre —al fondo  
contestaba la ciega artillería.  
La sombra de mi padre resbalaba  
como una noche súbita. Yo quise  
llamarles desde el fondo de mis años,  
pero mi voz era una rama sorda.  
Hice señales, pero no me vieron.  
Intenté levantarme, estaba herido  
y mi cama flotaba como un humo  
sobre un campo de guerra planetario  
en que cundían tristes batallones.

Quise correr hacia la plaza aquella  
en donde la metralla los cercaba,  
pero todo era un rastro de ceniza  
y la luna de hierro era un augurio.

La mañana siguiente alguna mano  
extraña abrió el armario de mi ropa  
y me puso unas prendas militares  
con las que por ciudades derruidas  
cruzó mi juventud de ángel sonámbulo

y lábil. Por encima de mi hombro  
el ala del pañuelo de mi madre  
me transportaba un vuelo azul de lágrimas.

Volvi a soñarlo anoche, y en el sueño  
ya no estaba mi madre, sólo una  
montaña maternal, de inmenso vientre  
para el seísmo de su parto múltiple.  
Se disgregaban hacia rumbos lázaros  
resucitados regimientos leznes  
de lava y exterminio. Todo era  
una visión telúrica cruzada  
de cósmico terror y cielo de odio.  
(Quizá me desperté, porque de nuevo  
creí escuchar que madre estaba hablando  
en la contigua habitación del sueño).

Volvi a soñarlo anoche. Es una fábula  
cruel y atravesada de derrotas  
de la que salen manos que sujetan  
mi cuerpo, que ha perdido ya el arcángel  
indemne, manos hechas de raíces  
legendarias, remotas, amarillas  
como una primavera que no supo  
librarse de la cárcel del invierno.  
Volvi a soñarlo. Es una historia falsa,  
un inventado espejo de amargura,  
un calendario en blanco donde sólo  
una fecha de sangre se adivina.  
Mas no ha existido nunca, ni tú, madre,  
me llamas ya desde la plaza en llamas.  
No hubo nunca una guerra ni el verano  
cuelga ahora sus reliquias de memoria.

#### EL ESCEPTICO

Eséptico, contemplas la hermosura  
de la tarde en sus ruinas  
inermes. Quizá nada  
valga la pena ya, aunque resiste  
tu vocación de amar sencillamente.

Han pasado los lentos carromatos,  
los convoyes ruidosos, los oscuros  
trenes, los regimientos agresivos...  
Pero el paisaje sigue indiferente  
y la tarde deshace sus columnas  
cual tantas veces, y en tu reino  
volverá a ser de noche.  
Puede ser que la túnica de lana  
como recuerdos ancestrales  
cubra tu vida al cabo de los años.  
Rubio, anciano sufita,  
¿acaso vuelves a pensar que el alma  
emana de Dios mismo?

#### AQUI ESTUVO LA ROSA

Tuvo que ser la rosa. Este hueco, esta piedra  
que reclama una historia, un suceso vivísimo,  
esta caligrafía con que escribió la mano  
del tiempo su aventura, su enamorada crónica.  
Tuvo que ser la rosa la que instauró la gracia  
en esta piel de sol que refleja hermosura  
sobreviviente sólo en la huella impalpable  
inmarchita de aquello que entronizó una hégira.

Mucho más que el suceso es su larga presencia  
invisible. Aquel roce de una mano suavísima  
es aún más que la mano. El rastro de un perfume  
dura más que el perfume, y saber que algo ha sido  
es más que su existencia.

Tuvo que ser la rosa. Lo reclama la tarde,  
lo reclama el lugar, el jardín que no existe,  
el aire que pasó, el ave que no ves,  
la que no suena música, la soledad que habitan  
multitudes que no se congregaron.

Y la rosa aquí estuvo.

Leopoldo de Luis  
Madrid